

IRENE GUERRERO PÉREZ*

TERESA NOS HABLA DE DIOS: EL ARTE DE CONTAR UNA EXPERIENCIA

Fecha de recepción: noviembre de 2015

Fecha de aceptación y versión final: enero de 2016

RESUMEN: La experiencia de Dios lleva implícita la llamada a ser compartida. En Teresa de Jesús se puede comprobar que dicha comunicación, como garantía de su autenticidad, requiere un proceso gradual de entendimiento en el que la gracia se abre paso a través de la expresión escrita, hablada y vivida. Existen además actitudes y condiciones que no pueden estar ausentes cuando se habla de Dios de manera testimonial, como son: la naturalidad, la fidelidad, la parrhesía, la narratividad.

PALABRAS CLAVE: comunicación espiritual, mística, autenticidad, merced, testimonio.

Teresa speaks to us of God: the art of telling an experience

ABSTRACT: The experience of God implies the call to be shared. In Teresa de Jesús we can see that such communication, as a guarantee of its authenticity, requires a gradual process of understanding in which the grace makes its way through writing, speech given and lived. There are also attitudes and conditions that can not be missed when speaking of God, such as naturalness, faithfulness, parrhesia and narrative force.

KEY WORDS: spiritual communication, mysticism, authenticity, favor, witness.

* Carmelita Descalza. Toro (Zamora); ireneocd@yahoo.es.

Es de un valor inestimable, no solo para el Carmelo sino para toda la Iglesia, que tengamos la experiencia de Teresa de Jesús escrita de su mano. Sus libros, sus cartas y todo lo que ella escribió rezuman autenticidad porque brotan de su propia experiencia, nos habla desde dentro, desde ese lugar donde todos coincidimos, y esto es lo que hace que aun hoy nosotros podamos seguir bebiendo de su espiritualidad y conectando con ella.

Hablar de Teresa, escucharla, conocerla un poco mejor; se puede decir que es siempre una delicia. Será por ese don que tenía de dar contento allí donde estuviera. Dicen los testimonios que su conversación era muy agradable y que tenía la boca llena de risas. Todos querían estar a su lado por esta manera de ser que cautivaba y acababa engolosinando a quien la trataba.

El proceso que vive Teresa en este arte de comunicar es lo que quiero desarrollar en los siguientes puntos:

- En primer lugar y brevemente: cómo llega a tener esa vivencia interior con Cristo, que luego comparte con nosotros.
- En segundo lugar, tres pasos importantes en los que ella divide dicho proceso: *sentir*, *entender* y *comunicar*. Desarrollaré especialmente este último, la comunicación, poniendo de relieve cuatro condiciones o actitudes que sobresalen en Teresa y que pueden ser comunes a todo aquel que habla de Dios.
- Por último terminaré aclarando cómo en el hecho de comunicar, no solo el lenguaje, verbal o escrito, es el protagonista, también el cuerpo tiene un lugar destacado en esto de recibir la experiencia y darla a entender.

1. LA EXPERIENCIA

Con Teresa podemos ir desde la monja contemplativa a la mujer activa, «*baratona y negociadora*» (Cta.24, 5)¹, como ella decía de sí misma, cuando se vio metida en mil negocios y siempre escasa de dineros. De la

¹ Citamos los escritos teresianos por la edición de Obras Completas, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1984 y con las siglas convencionales: CV= *Camino de Perfección*, cód. Valladolid; Cta = *Cartas*; E = *Exclamaciones*; F = *Fundaciones*; M = *Moradas del Castillo Interior*; P = *Poesías*; V = *Libro de la Vida*.

fundadora y viajera a la escritora genial y fecunda. De la maestra espiritual a la mujer vieja y ruin.

Lo cierto es que es una personalidad tan rica y tan enriquecedora que son muchas las facetas desde las que podemos abordarla. Pero creo que uno de los términos que más han configurado a esta mujer, o al menos el que viene más a propósito para este tema, es el de mística. Es mística porque ha sondeado el misterio y por ello, como dice santo Tomás, tiene un conocimiento experimental de Dios. Otro teólogo más cercano y también más discutido, Michel de Certeau, dice en esta frase suya tan conocida que: «*los místicos son también exploradores, y hablan a los teólogos como los viajeros a los geógrafos: «vuestrós discursos son quizá verdaderos, pero eso yo lo he experimentado, he estado ahí, lo sé y soy testigo de ello»*².

Precisamente porque Teresa es testigo de una Presencia insiste siempre en sus escritos: «*no diré cosa que no tenga por experiencia*» (CV Pról. 3). Pero hay que decir que toda experiencia de Dios parte siempre de un encuentro personal con Cristo vivo, que hace pasar a la persona a una realidad distinta de la que hasta entonces había vivido en la superficie. Este encuentro da un nuevo horizonte a la vida. Es también como un despertar de los sentidos interiores y un darse cuenta que hay ojos que ven y oídos que oyen que no son los físicos.

Pero el encuentro con el resucitado nunca puede ser una experiencia intimista y privada, Cristo Jesús siempre nos remite al anuncio de la buena noticia. Al igual que le dice a María Magdalena que vaya a los hermanos y anuncie lo que ha visto, también se lo dice a cualquiera que se encuentre con Él. En esta experiencia de encuentro hay siempre implícita una llamada a comunicar, a anunciar, porque no es un don para una persona privilegiada en concreto sino un don para su Iglesia.

Es por esto que el místico no puede dejar de decir lo que le ha pasado. Se querría esconder y huir al lugar más recóndito del mundo (Teresa decía que nunca se cansaría de estar sola), y sin embargo el Espíritu es el que lo empuja a ir en medio de los hermanos y anunciar la buena noticia.

Y esto mismo es lo que le pasó a Teresa de Jesús, la cual no nació ni santa ni mística, sino que llevó, como todos en algún momento, una vida bastante mediocre, en la que no acababa de entregarse enteramente.

² M. DE CERTAU, *L'Absent de l'histoire*, París 1973, 52.

Ella nos lo cuenta así: «*Pasé este mar tempestuoso casi veinte años con estas caídas, y con levantarme y mal –pues tornaba a caer– y en vida tan baja de perfección, que ningún caso casi hacía de pecados veniales, y los mortales, aunque los temía, no como había de ser, pues no me apartaba de los peligros. Sé decir que es una de las vidas más penosas que me parece se puede imaginar... deseaba vivir –que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte–; y no había quien me diese vida, y no la podía yo tomar; y quien me la podía dar, tenía razón de no socorrerme, pues tantas veces me había tornado a Sí y yo dejádole» (V8,2. 12).*

Después de todos estos años, que no sabe, dice ella, cómo los pudo sufrir, reconoce que andaba ya su alma cansada. Va a ser este cansancio espiritual el que la haga rendirse del todo y la acabe disponiendo para una experiencia fundante que marcará un antes y un después en su vida. Esta experiencia no será otra, como ya he dicho, que la de encontrarse con Cristo de una manera totalmente nueva. Es ese segundo nacimiento del que habla Jesús con Nicodemo que la irá configurando y haciendo vivir una vida nueva: «*La de hasta aquí era mía. La que he vivido desde que comencé a declarar estas cosas de oración, es que vivía Dios en mí, a lo que me parecía»* (V23, 1).

El mismo párrafo lo termina diciendo: «*Sea el Señor alabado, que me libró de mí*». Se puede entender tal frase en el sentido de que este encuentro, esta vida recién descubierta, la exime de ser una mera espectadora, que exige desde fuera quién tiene que ser Dios, y la va liberando para el asombro del Dios que es.

Hay entre sus escritos un conjunto de oraciones que entran a formar parte de lo que llamamos escritos breves y que denominamos como *Las exclamaciones*. Todas son escritas como desahogos del corazón ante la presencia de Dios. Todas son exclamativas y empiezan más o menos así: «*¡Oh deleite mío, Señor de todo lo criado... Oh esperanza mía... Oh, piadoso y amoroso Señor de mi alma... Oh verdadero Amador...!*» (E 6,7,9,16). También hay otras expresiones muy parecidas esparcidas por toda su obra: «*¡Oh, Vida de mi vida y sustento que me sustentas...!*» (7M 1,6).

En medio de este asombro es precisamente cuando surge en ella la necesidad de aclarar lo que le está pasando. Y aquí entran el equilibrio, la sensatez y la humildad de esta mujer que se somete a la confrontación para poder buscar la verdad de lo que le acontece. Teresa comienza a compartir su experiencia con letrados que puedan ayudarla, si embargo comprueba que no sabe decir casi nada de lo que le pasa, ella que es

tan conversadora, que nunca le faltan palabras, ahora resulta que no tiene. Y es que después de experimentar la cercanía de Dios solo queda el balbuceo, ya lo decía san Gregorio Magno: «*Nosotros enunciamos las grandezas divinas a nuestro modo, balbuceando*». Porque ante Dios enmudecemos, no sabemos qué decir ni cómo contar luego lo que estamos viviendo, nos hacemos como niños que aprenden a hablar, asombrados por un misterio que nos desborda.

«Hartos años estuve yo que leía muchas cosas y no entendía nada de ellas; y mucho tiempo que, aunque me lo daba Dios, palabra no sabía decir para darlo a entender, que no me ha costado esto poco trabajo»
(V12, 6).

El recurso que tuvo fue el de acudir a libros, buscar palabras de otros en las que se pudiera ver retratada y señalar qué era lo que estaba experimentando. Hasta que no pasa un tiempo ella no tendrá un vocabulario propio para poder expresarse en términos entendibles.

2. EL PROCESO DE COMUNICACIÓN

«...Una merced es dar el Señor la merced, y otra es entender qué merced es y qué gracia, otra es saber decirla y dar a entender cómo es»
(V17, 5).

Esta cita es la que nos introduce en el proceso de comunicación según lo entiende Teresa: *experimentar, entender y comunicar* son las tres gracias. De aquí se deduce que no comunica la experiencia interior quien quiere sino quien puede. El querer se añade al poder como segundo momento, el cual no se puede improvisar y siempre es fruto de un tiempo de silencio sobre Dios que le ha dado espacio para ser más que una idea de la que se habla. Solo aquí existe un verdadero hablar de Dios.

Las tres etapas de la experiencia se han de entender como un don. El tener la experiencia no es algo que la persona pueda provocar en sí misma sino algo que le dan, aunque, como insiste Teresa, sí que nos podemos disponer a recibirla y es este disponerse lo que está en nuestra mano. La segunda etapa, la de entender, Dios se la concede a través de la misma escritura; ella comprueba que a medida que se fuerza por encontrar la palabra exacta se va esclareciendo su entendimiento respecto a la experiencia que ha tenido:

«¿Para qué hablo? Para que, cuando veo despierta mi miseria, Dios mío, y ciega mi razón, pueda ver si la hallo aquí en esto escrito de mi mano; que muchas veces me veo, mi Dios, tan miserable y flaca y pusilánime que ando a buscar qué se hizo de vuestra sierva, la que ya le parecía tenía recibida mercedes de Vos para pelear contra las tempestades de este mundo» (E17,2).

Mientras escribe, la experiencia va tomando forma, van acudiendo palabras con las que se va entendiendo a sí misma. El don de Dios, el talento que nos da no pasa solo por el resultado final de una obra magnífica como pueden ser los escritos teresianos, si no que esa vida de Dios también se encuentra, cómo no, en el proceso de conocimiento, de observación, de trabajo, de búsqueda, de ensayo y error. (Cuando le preguntan a san Juan de la Cruz cómo ha escrito el Cántico Espiritual, él contesta: unas palabras me las daba Dios y otra me las buscaba yo). Por consiguiente, esta segunda gracia de entender la experiencia a medida que se va buscando, que se va escribiendo, es la que abre las puertas a la tercera: la comunicación, el saber decir.

Es en este don o este arte de saber contar una experiencia en el que me quiero detener y desarrollar en cuatro actitudes explícitas que aparecen en Teresa y que nos podrían servir a nosotros que como Iglesia podemos estar muy preocupados de comunicar y comunicar bien, delante de la situación de crisis en las que se encuentran ciertas formas de vivir el cristianismo en nuestra sociedad contemporánea. Empieza a ser muy común la frase «no nos entienden» en el reconocimiento de un lenguaje que no expresa, que no es significativo para la gente de hoy en día.

Aparte de cuidar nuestros mensajes, nuestros discursos, de estar presentes en las redes sociales como medio eficaz para llevar a cabo esa nueva evangelización a la que se nos invita, creo nos será también muy útil acercarnos a Teresa de Jesús, porque ella fue una buenísima comunicadora y hoy en día también nos puede enseñar, desde estos aspectos y condiciones que tiene su comunicación, a que nuestras palabras no se las lleve el viento, a que salgan del corazón y lleguen al corazón de las personas, en definitiva que sean palabras nacidas de la contemplación de esa otra Palabra con mayúscula que tiene vida eterna y que no pasa nunca.

2.1. NATURALIDAD

La primera condición para hablar bien de Dios³ es ser uno mismo cuando se habla de él. En Teresa vemos claramente una personalidad auténtica, es ella misma, no intenta parecerse a nadie. Ha encontrado verdaderamente su singularidad, ha experimentado que Dios vive con ella una historia de amor única en este mundo que no la puede vivir con otra persona sino con ella.

La naturalidad en Teresa creo que una de los aspectos que más la caracterizan. Era tan natural que para algunos llegó a ser decepcionante.

Para llegar a no depender de las expectativas de otros, a no hundirse ante las críticas ni rendirse antes los halagos hay primero que atreverse a ser uno mismo y no querer vivir otra vida distinta de la propia. Esto será algo esencial en el itinerario que Teresa nos propone, pero para ello es preciso conocerse. Una de las primeras disposiciones a la que la santa da mucha importancia es el conocimiento propio, el estar en contacto con nuestro interior, sabiendo que *no estamos huecos por dentro*⁴ sino habitados por una Presencia, apoyados por un amor más grande que nosotros («¡Oh, amor que me amas más de lo que puedo entender ni entiendo!» E, 17). El primer esfuerzo, por tanto, será hacer acopio de valor para bajar esos peldaños que nos llevan a lo más íntimo de nosotros y vencer el miedo en esas zonas oscuras que no solemos visitar. Porque si bien es cierto que la experiencia de Dios se da en lo más nuclear de la persona, esta debe estar presente a sí misma y no en la lejana exterioridad para poder saber realmente quién es y a quién pertenece.

Según la santa, nos hemos ido lejos de lo que es nuestro centro, de nuestra tierra. Como hijos pródigos nos vamos y machacamos la herencia, exprimimos de mala manera la vida, pensando que mientras más cosas tengamos más felices seremos y luego andamos mendigando aquí y allá lo que nadie puede darnos. Tan lejos nos vamos que dice que el alma, «*para que torne a tomar amor a estar en su casa es menester mucho artificio, y si no es así, poco a poco, nunca haremos nada*» (C 26,10).

Teresa sabe que no consiste este conocimiento solo en una mirada introspectiva, pues «*jamás nos acabamos de conocer, sino procuramos conocer a Dios*» (1M 2, 9). Y para esto nos insiste la santa que le miremos,

³ Con esta expresión «hablar bien de Dios» me estoy refiriendo a *presentarle* (o *hacerle presente en nuestro discurso*) en su verdadera forma de ser.

⁴ Cf. C 28,10.

porque que poniendo los ojos en Cristo «*nuestro entendimiento y voluntad se hace más noble y más aparejado para todo bien tratando a vueltas de sí con Dios*» (1M 2,10). Y lo mejor de todo, descubrimos mirándole que somos hijos en el Hijo.

Este es el disponerse del que habla ella para poder sentir la experiencia y después entenderla y poder comunicarla. Cuando no somos nosotros mismos ni nos hemos llegado a conocer no resultamos convincentes. Se nota mucho que para hablar de Dios se utiliza un lenguaje postizo, afectado, en el que se refleja que Dios es algo de lo que se habla, pero no alguien que nos ha seducido y que nos ha cambiado la vida.

Los testimonios que tenemos de las monjas que la conocieron dicen que cuando pudieron leer el libro *Camino de perfección* reconocieron enseguida su voz y decían: «*así hablaba*». Y es cierto, Teresa utiliza escribiendo un lenguaje oral más que escrito, por eso se recomienda siempre leerla en voz alta para poder entenderla mejor; porque ella está hablando; es más, no puede escribir sino hablando con sus interlocutores. Escribiendo necesita un tú a quien dirigirse, igual que lo necesita para conocerse. En el prólogo de *Moradas* dice a sus monjas: «*...iré hablando con ellas*». Como si alrededor de una gran mesa estuviera ella sentada junto a todos a los que van dirigidos sus escritos, y entre ellos está allí el Señor, como un interlocutor más, a quien se dirige de vez en cuando en primera persona.

Esto, sin embargo, no lo podemos confundir con un simple coloquialismo, más bien tendremos que ver en ello una gran libertad lingüística que trastorna toda retórica (V 15,9).

Algunos ejemplos de esta naturalidad son los siguientes:

Hablando de las almas encapotadas que *no se osan bullir*: «*Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor; y que si ves una enferma a quien puedes dar un alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella...*» (5M 3,1).

En cierto momento se dirige a Cristo directamente o se atreve incluso en otro lugar a reñirle al Padre en defensa del Hijo: «*¡Oh Padre eterno!, mirad que no son de olvidar tantos azotes e injurias y tan gravísimos tormentos. Pues, Criador mío, ¿cómo pueden sufrir unas entrañas tan amorosas como las vuestras, que lo que se hizo con tan ardiente amor de vuestro Hijo sea tenido en tan poco?...*» (CV 3,8).

En otras ocasiones ya no les son suficientes esos interlocutores concretos sino que es a toda la cristiandad a la que habla, ella que se siente subida en un atalaya donde se ven verdades: «*¡Oh mortales: volved, volved en vosotros; mirad a vuestro Rey que ahora le hallaréis*

manso; acábase ya tanta maldad; vuélvanse vuestras furias y fuerza contra quien os hace la guerra y os quiere quitar vuestro mayorazgo! Tornad, tornad en vosotros, abrid los ojos, pedid con grandes clamores y lágrimas luz a quien la dio al mundo, entendeos, por amor de Dios, que vais a matar con todas vuestras fuerzas a quien por daros vida, perdió la suya» (E12, 4).

Esto nos indica que era la misma cuando enseñaba que cuando hacía cualquier otra cosa; cuando hablaba que cuando oraba, pues para ella la relación con el Señor no es algo separado de las demás relaciones, el acto de oración no lo concibe ceñido a ciertas horas sino que es un modo de vida que se debe expandir durante todo el tiempo. Dios atraviesa toda su vida y es esta experiencia la que nos comunica porque «*el verdadero amante en toda parte ama y se acuerda del amado, ¡recia cosa sería que sólo en los rincones se pudiera traer oración!*» (F5,15).

La naturalidad a la hora de hablar de Dios hace que este se cuele en cualquier conversación y aunque no se le llegue a nombrar explícitamente se puede percibir que la persona habla desde Él. Su discurso, su acción y todo su trato discurren en el espacio de Dios. A esto anima Teresa a sus monjas, a que su lenguaje sea *en Dios* como algo natural, no postizo:

«Todas las personas que os trataren, hijas, habiendo disposición y alguna amistad, procurad quitarlas el miedo de comenzar tan gran bien (el de la oración); y, por amor de Dios, os pido que vuestro trato sea siempre ordenado a algún bien de quien hablaréis, pues vuestra oración ha de ser para provecho de las almas... Ya saben que sois religiosas y que vuestro trato es de oración. No se os ponga delante. “no quiero que me tengan por buena”, porque es provecho o daño común el que en vos os vieren. Y es gran mal a las que tanta obligación tienen de no hablar sino en Dios... Este es vuestro trato y lenguaje; quien os quisiere tratar, depréndale» (CV20, 3-6).

Vive con tanta naturalidad esta relación con el Señor que se llega a preguntar qué necesidad tiene de hablar si Él está dentro de ella. Sin embargo sí hay una necesidad, es la fuerza arrolladora del Evangelio la que le empuja a hablar por encima de todas las dificultades con las que se pueda encontrar, y tuvo muchas. Esta es la parresía, siguiente aspecto que encontramos en su comunicación.

2.2. PARRESÍA

El primer obstáculo con que el comunicador de Dios se encuentra es la inefabilidad. Las palabras sobre Dios siempre son deficientes, a veces torpes y por eso podemos decir que son como indicadores hacia su misma realidad que está más allá de ellas mismas. Es esa impotencia que también sintió Jeremías cuando dijo: «¡Ah, Señor! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho!» (Jr 1,6).

«¡Oh Dios mío, quien tuviera entendimiento y letras y nuevas palabras para encarecer vuestras obras!» (V25,17), dice Teresa, la cual no dejaba de estrujar el castellano de su época para dar a entender algo de su experiencia, pareciéndole siempre que se quedaba corta: «Deshaciéndome estoy, hermanas, por daros a entender esta operación de amor, y no sé cómo» (6M 2,3).

Esta inefabilidad de Dios siempre es un reto para el explorador de Dios. Su experiencia siempre se escapa, no se domina nunca del todo ese lenguaje que hay que traducir en palabras, porque como dice san Juan de la Cruz: «se habla mal en las entrañas del espíritu si no es con el entrañable espíritu» (Prol, Ll)⁵.

Podemos decir que solo quien sabe que no sabe hablar del todo sobre Dios está en el buen camino para hablar bien sobre él. Esta tendencia de saberse pobre queda vencida por la urgencia de comunicar a la que somete la presencia expansiva de Dios en uno mismo, presencia de la que dice Martín Velasco «que no se puede prescindir ni siquiera cuando se la niega, y a la que no se puede apresar ni siquiera cuando se la afirma»⁶.

Por eso Dios sigue diciendo al místico, al profeta, a aquel con quien se encuentra y es enviado: «No digas: “Soy un muchacho”, pues adonde quiera que yo te envíe irás, y todo lo que te mande dirás» (Jr 1,7).

Esta es la parresía que le da no solo la libertad de expresión sino la obligación de hablar con la verdad para el bien común, incluso frente al peligro individual. Elige la franqueza en vez de la persuasión, la crítica en vez de la adulación, el deber moral en vez del autointerés y la apatía.

⁵ Obras Completas, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1992.

⁶ F. JAVIER VITORIA CORMENZANA, «Practicar a Dios con vigor y hablar de él con humildad», en: *Vivir en Dios. Hablar de Dios, hoy*. XIV Semana de Estudios Teológicos, Estella (Navarra) 2004, 189.

Por eso Teresa no puede callar, por muchas ganas que tenga de soledad y silencio o por mucho que se lo recomienden ciertos varones y letrados desde el púlpito, como pasó un día con un predicador, que comentando la frase de san Pablo de que las mujeres mejor que callen, dijo que así le valdría más a la madre Teresa si se estuviera en su convento y se dedicase a sus labores y no tanto a estar de allá para acá. Ella, leyendo el Evangelio, tenía otra visión de las cosas como se refleja en este texto censurado: «*¿No basta, Señor, que nos tiene el mundo acorraladas e incapaces para que no hagamos cosa que valga nada por Vos en público ni osemos hablar algunas verdades que lloramos en secreto, sino que no nos habíais de oír petición tan justa? No lo creo yo, Señor, de vuestra bondad y justicia, que sois justo juez y no como los jueces del mundo, que como son hijos de Adán y, en fin, todos varones, no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa*» (CE 4,1).

Pues bien, le fue con sus cuitas al Señor de lo que estaban diciendo desde los pulpitos y se preguntaba si era ella la equivocada. Entendió esto en la oración: «*Díjome el Señor: díles que no se sigan por sola una parte de la Escritura, y que si podrán por ventura atarme las manos*» (CC, 19). Mandó llamar al predicador y le dijo esto mismo que ella entendía. Resultó que el que se presentó como corrector acabó siendo el corregido y además amigo y defensor de por vida de la madre Teresa.

Por otra parte hay que aclarar algunas frases suyas que pueden llevarnos a confusión, como son las que habla de la flaqueza de las mujeres y de su propia ruindad: «*En fin, mujer y no buena sino ruin*» (V18, 4). Cuando ella insiste tanto en esto, siendo la que es y haciendo lo que hace, hay que leer entre líneas y descubrir cierta ironía por su parte, en aquel ambiente machista. Se puede decir que es un recurso para abrirse paso, sabiendo que va a ser leída por varones y letrados en un Iglesia inquisitorial, que condena a autores de la talla de fray Luis de León.

El ejemplo más claro que esta forma de hablar es una estrategia, que le sirve como salvoconducto, lo tenemos en el libro de la Vida, el cual está dirigido al dominico García de Toledo. Le está hablando de la unión con Dios y de cómo se llega a esta solo por la Humanidad de Cristo. Afirma algunas cosas tan categóricamente que de pronto dice: «*Quizá yo no sé lo que digo. Vuestra merced lo entenderá, si atino en algo, pues el Señor le ha ya dado experiencia de ello, aunque no es de mucho tiempo, quizá no había mirádolo tanto como yo*» (V20,21).

Dos números más abajo vuelve a decir respecto a teorías de libros de la época que mantenían la tesis de que en ciertos estados de oración había que aparcar todo lo corpóreo, hasta la Humanidad de Cristo: «Yo no lo contradigo, porque son letrados y espirituales, y saben lo que dicen, y por muchos caminos y vías lleva Dios a las almas. Cómo ha llevado la mía, quiero yo ahora decir –en lo demás no me entremeto– y en el peligro en que me vi, por querer conformarme con lo que leía... Ya puede ser yo la engañada, mas diré lo que acaeció» (V22, 2).

Después de desarrollar bien su tesis sobre la Humanidad de Cristo y que solo por aquí se puede llegar a la unión con Dios, la que empieza como sumisa discípula que parece que no sabe lo que dice, se constituye ella misma en maestra y acaba sentenciando: «Así que vuestra merced, señor, no quiera otro camino, aunque esté en la cumbre de la contemplación. Por aquí va seguro» (V22, 7).

Lo que salva esta parresía de caer en el orgullo e incluso en la herejía es la lucidez que proviene de la honestidad con uno mismo, la verdad de la Escritura y el contraste confiado y dócil con aquellos a los que la Iglesia pone en nuestro camino.

2.3. FIDELIDAD

Esto nos lleva a hablar de la fidelidad como el siguiente aspecto en este proceso de comunicación. Fidelidad, en primer término, a la Palabra de Dios, como fuente de toda palabra sobre Él: «Que vaya conforme a la Sagrada Escritura; y como un tantico torciese de esto, mucha más firmeza sin comparación me parece tendría en que es demonio que ahora tengo de que es Dios, por grande que la tenga... que si entonces todo el mundo me asegurase que es Dios, no lo creería» (V25, 13).

Fidelidad también a la moción interior. Quien se atreve a hablar sobre Dios debe testimoniar con sus palabras y sus obras una búsqueda profunda del rostro de Dios en todas sus experiencias, y en ellas ha dejar constancia de cómo ha prestado oídos a la Voz del Amado.

«¿Qué queréis hacer de mí?» (P5), pregunta Teresa insistentemente para luego quedar callada y escuchar la respuesta de Dios en su corazón. Su discurso atrae siempre al diálogo con el Dios amante, sanador y salvador, y esta es la buena noticia que se encarna en su experiencia y de la que ella nos hace partícipe. Si Dios ha salvado su vida de la mediocridad, si ha dorado sus culpas, si ha sanado sus heridas, si la ha liberado de

sus trabas afectivas y la ha llenado de un amor sin límites, ¿por qué no podría hacerlo con nosotros?

«*No soléis Vos hacer, Señor, semejantes grandezas y mercedes a un alma, sino para que aproveche a muchas*» (V18, 4). La manera de vernos aprovechados es desarrollar esa acogida oyente, prestando oídos a la Voz del Amado, a la Buena Noticia que es él mismo.

Pero, ¿cómo podemos ver esto testimoniado en las obras? ¿Cómo podemos saber que no se queda todo en bellas palabras que acaba llevándose el viento? Hay que tener presente que la verdadera cruz⁷ de un místico no consiste en explicar lo inefable, sino en seguir históricamente, como todo discípulo, el camino de Jesús con toda fidelidad. Sólo entonces su discurso sobre Dios destilará la sabiduría de Dios, mucho más honda que toda ciencia, que se impregna en el seguimiento de Jesús y de la que Teresa es toda una experta. Su vida avala su escritura, por eso sus palabras después de cinco siglos siguen interesándonos hoy.

Hablando de esto mismo nos dice ella al final de *Moradas*: «...*si su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo queréis contentarle sólo con palabras? ¿Sabéis que es ser espirituales de veras?: hacerse esclavos de Dios, a quien, señalados con el hierro de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como Él lo fue, que no les hace ningún agravio ni pequeña merced*» (7M 4,8).

Esa voz que resuena en el interior de cada uno y nos invita al diálogo íntimo, «*tratando de amistad con quien sabemos nos ama*» (V8,5), tiene un eco hacia fuera, que no podemos dejar tampoco de oír y acoger. Por eso, para hablar sobre Dios es necesario poseer una sensibilidad para reconocer lo anhelos, los sufrimientos, las esperanzas, las alegrías de los que nos rodean y poder así explicitar las dimensiones de Dios que pueden resultar significativas.

El fruto más preciado de la contemplación es siempre la compasión. A Teresa ninguna dimensión de lo humano le dio miedo. En el Congreso tenido en Ávila sobre la santa, el P. Saverio Cannistrá, preposición general de la Orden, ha dicho: «*Teresa es patrimonio de la humanidad, porque la humanidad fue patrimonio de Teresa*».

⁷ Cf. F. JAVIER VITORIA CORMENZANA, «Practicar a Dios con vigor y hablar de él con humildad», o.c., 208.

Pero hay otra cuestión a la hora de comunicarse por medio de la escritura, que es preciso aclarar. Al igual que otras tantas mujeres de su época, no se libra de tener que vincular su experiencia escrita a la obediencia del confesor, más que nada era un respaldo necesario par la escritura femenina. Ella repite una y otra vez que escribe por obediencia. Lo que ocurre es que hay una obediencia mucho mayor dentro de ella y que está antes que la de cualquier director. En el libro de la Vida, escribe en el prólogo:

«Sea bendito por siempre, que tanto me esperó. A quien con todo mi corazón suplico me dé gracia, para que con toda claridad y verdad yo haga esta relación que mis confesores me mandan; y aun el Señor sé yo lo quiere muchos días ha, sino que yo no me he atrevido» (V Pról., 2).

Se puede decir que hay entonces una triple obediencia: primero a Dios, que es el que empuja desde dentro el deseo; otra al confesor o director, una mediación de Dios en la tierra; pero en tercer lugar hay otra obediencia, que es a sí misma.

Teresa tiene una vocación clara de escritora que no puede traicionar. Esto lo vemos muy claramente cuando se está gestando en ella el libro de Moradas, que bien podemos considerar como su obra maestra.

En los siguientes hechos se puede ver esta triple obediencia muy claramente:

En el año 1577, que será uno de los más dolorosos de todos, en el que ve arruinada su Reforma, el General le prohíbe fundar más conventos y le manda recluirse en uno que ella elija, a manera de cárcel. El Nuncio que estaba de su parte muere y le sustituye otro que es contrario a la Reforma *«que parecía le había enviado Dios para ejercitarnos en padecer»* (F28, 3). Recibe calumnias, difamaciones, ella y algunos frailes descalzos. Es un momento realmente difícil. En medio de este sufrimiento, el 17 de enero de este año, escribe a su hermano Lorenzo: *«Al obispo envié a pedir el libro, porque quizá se me antojará de acabarle con lo que después me ha dado el Señor, que se podría hacer otro y grande, y si el Señor quiere acertase a decir; y si no, poco se pierde»* (Cta. 174,26). En esta carta encontramos la prueba de la obediencia a sí misma.

Después de esto, ella habla con el padre Gracián, superior de los descalzos, y le dice que siente mucho que el libro de la Vida lo tenga la Inquisición, que allí hay cosas muy bien escritas. Provoca así que Gracián le mande por obediencia escribir otro libro. Consiguiendo, por tanto, la obediencia al confesor.

El dos de junio comienza a escribir y dice un testimonio que escribía: «*tan aprieta y velozmente como suelen hacer los notarios públicos*»⁸.

En las cuartas moradas escribe: «*Ya tenía olvidado lo que trataba; porque los negocios y salud me hacen dejarlo al mejor tiempo*» (4M 2,1).

A pesar de las interrupciones por los negocios y la salud, que nunca la tuvo buena, al mes de haber comenzado ya tiene escrito parte de las quintas moradas.

En este momento se traslada de Toledo a Ávila y el libro sabemos que se interrumpe durante cinco meses. De finales de octubre al 29 de noviembre consigue acabarlo, habiendo ocupado su composición dos meses escasos. Estamos hablando de uno de los tesoros de la literatura española.

El 7 de diciembre escribe al P. Gaspar de Salazar, jesuita: «*Sábese cierto que está en poder del mismo aquella joya, y aun la loa mucho, y así, hasta que se canse de ella, no la dará, que él dijo se la miraba de propósito. Que si viniese acá el señor Carrillo, dice que vería otra, que –a lo que se puede entender– le hace muchas ventajas; porque no trata de cosa, sino de lo que es Él, y con más delicados esmaltes y labores; porque dice que no sabía tanto el platero que la hizo entonces y es el oro de más subidos quilates, aunque no tan al descubierto van las piedras como acullá. Hízose por mandado del «vidriero», y parécese bien, a lo que dicen*» (Cta. 212, 10). Conseguimos ahora ver la obediencia a Dios, llamado en esta ocasión «*vidriero*».

«*Después de obedecer sabe su Majestad que es mi intención engolosinar las almas de un bien tan alto*» (V18, 8). Para Teresa la escritura es una misión que le han encomendado y de la que se siente responsable. Es su manera de evangelizar o, como dice ella, de engolosinar. Y esto lo hace narrando.

2.4. NARRATIVIDAD

Quienes hoy leemos o escuchamos los escritos de Teresa de Jesús nos situamos no solo ante un texto sino también ante un

⁸ Dilucidario c 5. OBRAS COMPLETAS de Santa Teresa de Jesús, BAC, Madrid 1997, 469.

yo⁹. Ha sido en el encuentro y con la palabra de Otro como ella ha tomado conciencia de sí y atestigua su identidad, lo cual solo puede hacerse narrativamente, como una persona que narra lo que Otro ha escrito en ella.

Esta modalidad narrativa, al no ser en su núcleo un lenguaje descriptivo sino propositivo, nos permite como lectores y oyentes incorporarnos a través de él a una relación donde conocer a Dios. La escritura de Teresa actúa entonces como una ventana por la que asomarnos a su experiencia y a la vez como un espejo en el que podemos vislumbrar, en parte, nuestras propias posibilidades infinitas de contemplación.

Así funcionan también las parábolas de Jesús, en las cuales nos metemos, nos vemos reflejados, nos identificamos con los personajes. Teresa, contando sobre sí misma, nos va diciendo cómo funciona nuestra alma, cómo vamos introduciéndonos en las moradas de ese castillo interior, al que se nos invita a entrar y pasear por él a cualquier hora... Pues, «una vez mostrados a gozar de este castillo, en todas cosas hallaréis descanso, aunque sean de mucho trabajo, con esperanza de tornar a él, que no os lo puede quitar nadie» (M Epíl., 2).

Ella en su narrativa nos remite a esa belleza que siempre añoramos y que está dentro de nosotros. Busca la imagen más hermosa que se le ocurre: un castillo de cristal, como de un diamante. Nos es una fortaleza en la que refugiarnos y defendernos de nuestros supuestos enemigos, es el lugar más bello al que podemos ir. Es esa dimensión interior que la mayoría de los hombres no visitan. Podemos nacer, vivir mucho tiempo y morir ignorándola. Y esto es lo que nos quiere evitar Teresa. Ella ha hecho un descubrimiento, tiene los planos y sabe cómo ir. Todos sus escritos nos hablarán de esto.

Pero esta narración requiere también una reflexión seria que pueda deshacer posibles obstáculos en el camino de esta relación *in fieri* a la que invita el lenguaje narrativo. La atención¹⁰ en su grado más alto, como dice Simone Weil, es la que le permite hacer un análisis certero de estos caminos interiores que ella misma ha recorrido y la coloca como pionera en la investigación de la intimidad, inspirándose en las *Confesiones* de san Agustín. Pero, a su vez, deja abiertas las posibilidades que hay en cada uno, sin que nos tengamos que ceñir a su propia forma de

⁹ Cf., S. ROS GARCÍA, *Santa teresa de Jesús. Experiencias místicas: Relaciones y Cuentas de Conciencia*, BAC, Madrid 2014, Introducción p. 30ss.

¹⁰ S. WEIL, *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid 2004, p. 68ss.

experimentar, porque *«aunque no se trata de más de siete moradas, en cada una de estas hay muchas: en lo bajo y alto y a los lados, con lindos jardines, y fuentes y laberintos y cosas tan deleitosas, que desearéis deshaceros en alabanza del gran Dios, que le crió a su imagen y semejanza»* (ibid., 3).

En su búsqueda del ensanchamiento, Teresa nos presenta el castillo interior como un espacio amplio y luminoso en el que se encuentran puertas que nos abren a una anchura cada vez mayor, a ese lugar espacioso, del que habla el Salmo, donde el Señor nos libra porque nos ama. Un lugar donde la experiencia mística deja de ser un fin en sí misma y se abre como camino dentro del proceso de plenitud humana. Y aquí es donde empieza a ser ella la narradora de las misericordias del Señor.

Al final del libro de Castillo interior, en la conclusión, dice el por qué lo ha escrito: *«Por el gran deseo que tengo de ser alguna parte para ayudaros a servir a este mi Dios y Señor»* (ibid., 4). Su intención es claramente implicar al lector desde su narrativa y tener ella alguna parte en el proceso de búsqueda de quien la escuche, de quien la lea. Y creo que así fue con mucha gente que la trató y así lo sigue siendo hoy día con otros muchos que se encuentran con Dios por medio de Teresa.

3. LA CORPOREIDAD EN LA COMUNICACIÓN

No se puede dejar de mencionar, aunque sea brevemente, cómo el cuerpo tiene capital importancia en esto de la experiencia de Dios y en su comunicación. En principio podría parecer que Teresa cae en el dualismo, pues siempre está hablando del alma, de tal manera que se podría pensar que solo existe esta como una encarcelada del cuerpo. Pero no es este el contenido de su experiencia.

Cuando tuvo esa crisis fuerte, que dice que estuvo luchando con sombras de muerte y acabó dejando la oración todo un año, el P. Vicente Barrón, dominico, le mandó volver a ella, le pidió que fuera fiel a ese tiempo dedicado a Dios. Teresa obedeció y nos cuenta que se le pasaba la hora mirando al reloj de arena o bien contando las vigas del techo. Sin embargo el cuerpo estaba orando, tenía postura orante y nos demuestra que esta perseverancia del cuerpo fue lo que le valió y lo que la dispuso para el encuentro transformador con Cristo.

En aquel momento el cuerpo fue un buen aliado, pero también es verdad que hay momentos en que este no puede disponerse para orar. Esto, como dice ella, puede ser «por indisposición corporal». El consejo que nos da es el siguiente:

«Sirva entonces al cuerpo, por amor de Dios, porque otras veces muchas sirva él al alma; y tome algunos pasatiempos santos de conversaciones que lo sean, o irse al campo, como aconsejare el confesor. Y en todo es gran cosa la experiencia, que da a entender lo que nos conviene y en todo se sirve a Dios. Suave es su yugo, y es gran negocio no traer arrastrada al alma –como dicen– sino llevarla con suavidad para su mayor aprovechamiento» (V11, 16).

Más adelante sigue diciendo: «*nosotros no somos ángeles, sino tenemos cuerpo, queremos hacer ángeles estando en la tierra es desatino*» (V22, 10).

En sus experiencias místicas dice que el cuerpo también participa de ellas y «*aún harto*» (V29, 13). Por esto también podemos decir que el mismo cuerpo, que ha participado de la experiencia, es transmisor también de la misma.

Empecé diciendo que en los testimonios se leen que todos querían estar con ella, tratarla. Uno de ellos dice expresamente que todo cuanto tocaba la madre Teresa de Jesús parecía cobrar vida.

Este es, en fin, el arte de contar una experiencia sobre Dios, comunicar su vida abundante en todas las maneras posibles de expresión.

Para confirmar esto y propongo dos textos: el primero escrito por una de las hijas predilectas de la santa, María de san José, priora de Sevilla:

«A este tiempo me llamó el Señor a la Religión, viendo y tratando a nuestra Madre y a sus compañeras, las cuales movían a las piedras con su admirable vida y conversación. Y lo que me hizo ir tras de ellas, fue la suavidad y gran discreción de nuestra buena madre. Y creo verdaderamente que, si los que tiene oficio de llegar almas a Dios, usasen de la traza y maña que aquella santa usaba, llegarían muchas más de las que llegan, que como nuestro natural es inclinado a buscar contento y a huir del trabajo, pintar la virtud y lo que es servicio de Dios áspero y dificultoso, es atemorizar los flacos que no han probado cuán suave es el padecer por Cristo»¹¹.

¹¹ M. DE SAN JOSÉ, *Libro de recreaciones*, recreación II. En *Escritos espirituales*, Roma, Postulación General OCD, 1979, 61.

Siendo una carmelita, hija tan querida de Teresa, podríamos decir que es normal hablar así. Por eso quisiera concluir no con este testimonio sino con el de un jesuita, el padre Ribera, primer biógrafo de santa Teresa:

«Y tú, madre mía, por cuya gloria y memoria he trabajado, aunque no merecía contar tus loores, bien sabes cuán de buena gana lo he hecho, y lo que tú has hecho para que se hiciese... Deseado he que no se pierda la memoria de tus gloriosas obras, y para esto he hecho toda la diligencia que me ha sido posible para que seas siempre conocida y alabada e imitada, y en ti y por ti sea alabado este gran Señor, que tan maravillosamente te hizo... Y pues el Señor en esta vida me hizo tanto bien que yo te conociese y tú me quisieses bien, y tomases cuidado de encomendarme a su Majestad, alcánzame de él lo que te he suplicado y nunca te descuides de este miserable hijo tuyo, que tan entrañablemente te ama, hasta que por tus merecimientos llegue a la bienaventurada vista de nuestro Creador y Señor, donde contigo y con todos los santos le goce y le alabe para siempre jamás»¹².

¹² F. DE RIBERA, *La vida de la Madre Teresa de Jesús, fundadora de las Descalzas y Descalzos Carmelitas, compuesta por el P. Doctor Francisco de Ribera de la Compañía de Jesús, y repartidos en cinco libros*. En Salamanca, en casa de Pedro Lasso 1590, lib.V, c.8, 563.

